

CAPÍTULO VIII. *De la amistad espiritual que el santo fray Martín tuvo con el primer obispo de Mexico, y con fray Domingo de Betanzos, y cómo todos tres intentaron de pasar a la China*



EL SANTO OBISPO DON FRAY JUAN DE ZUMÁRRAGA, primero prelado de la iglesia de Mexico, cuando vino la primera vez de España, traía gran deseo de ver al santo varón fray Martín de Valencia y comunicarlo, por la fama de su santidad y, si posible fuese, tenerlo en su compañía, para mejor gozar de su espiritual conversación. Y como este meritísimo prelado era en extremo aficionado a la virtud y amicísimo de la compañía, conversación y amistad de los virtuosos y siervos de Dios, con este intento de gozar (si alcanzarlo pudiese) de la compañía santa de el bendito fray Martín, se fue para Tlaxcalla, donde a la sazón era guardián y descubrióle su corazón y deseo; cosa a la verdad muy ajena de la condición de el varón de Dios. El cual, aunque luego le pareció que aquello no le convenía para su recogimiento y contemplación, con todo eso lo encomendó muy de veras a nuestro señor en la oración, como quien nunca se determinaba en cosa alguna de importancia, ni la hacía, sin pedir a Dios su voluntad, que es muy propio de los santos (como en varias historias le leemos de muchos) y de Moysén, cuando consultó a Dios el castigo de aquel mancebo que en día de fiesta se ocupó en coger serojas para el fuego. Puesto, pues, el bendito varón en la oración, adormeciéndose (como siempre le acontecía en las visiones y revelaciones que tuvo, de algunas de las cuales se hará mención adelante) adormecido le pareció que se veía en la mar, en una barca sin remos, y que la mar hacia grandes olas y corría tempestad y andaba la barca casi para anegarse, de que tuvo mucho temor; y viéndose en agonía fuele dicho en espíritu que la mar es el siglo y salir de la clausura, y meterse en él es andar en barca sin remos, en peligroso mar, donde fácilmente la barca se anega y el navegante perece. Contó esto al obispo santo y dándole por respuesta se excusó con él. Mas no por esto le perdió el santo obispo la devoción que le había cobrado, antes de allí adelante se la tuvo mayor.

La misma devoción, afición y deseo de su compañía, tuvo el gran siervo de Dios y muy íntimo familiar del dicho santo obispo, fray Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, y uno de los más memorables y perfectos varones que entre ellos ha habido en esta Nueva España (de quien en otra parte hemos hecho ya memoria) el cual, como no pudiese alcanzar lo que su corazón deseaba, sino muy de tarde en tarde, por ser ambos de diferentes órdenes y haber de residir, forzosamente, en diversos monasterios y por ventura en remotas provincias; ya que no podía tener consigo vivo al varón santo fray Martín, hízolo pintar en el monasterio de Tepetlaoztoc, una legua de la ciudad de Tetzcuco, donde el dicho fray

Domingo tenía lo más del tiempo su habitación y morada. Y permaneció allí aquesta su figura, hasta que un vicario de aquella casa, para hacer otro edificio desbarató la pieza donde el santo estaba retratado; y así se perdió su figura. Bien se trasluce de este retrato el cordial y tierno amor que este santo religioso tenía a mi bendito padre fray Martín; pues sabemos por historias ciertas<sup>1</sup> y verdaderas, que el rey Nino hizo imagen a su padre Belo, para reprimir en alguna manera la pena y desconsuelo que su muerte y ausencia le causaba; lo cual no hiciera si cordial y entrañablemente no le amara; porque si la abundancia de el corazón rebosa en la boca (como dice el adagio) mucho más manifiesto se hará ejecutado en las obras. Y así digo que el amor de este santo hombre era mucho, pues al que no podía comunicar vivo lo tenía en estampa a sus ojos puesto.

Estos tres varones de gran perfección, conviene a saber, el santo primero obispo de Mexico, don fray Juan de Zumárraga, fray Martín de Valencia, y fray Domingo de Betanzos, con el gran fervor de espíritu que tenían, y celo de la salvación de las almas, desearon mucho e intentaron de embarcarse y entrar en la mar, en busca de las gentes de la gran China, antes que hubiera la noticia que ahora hay de ella, ni de la navegación, si se podía hacer o no. El primero que esto intentó fue el santo fray Martín, porque tuvo revelación que había otras muchas gentes hacia la parte de el poniente, de más entendimiento y capacidad que estas de la Nueva España, y anhelaba su espíritu por ir a ellas y verlas en sus días y convertirlas a su Dios; el cual, puesto que las mostró en espíritu a este su siervo para que por sus ruegos y de otros semejantes las mereciesen ver y descubrir a aquellos que ese mismo Dios para ello tenía escogidos y determinado las descubriesen y convirtiesen; no quiso empero, que él las viese, ni fuese a buscarlas, sino que perseverasen él y sus compañeros en la vocación para que fueron llamados de la conversión de los naturales de esta Nueva España (como decimos en otra parte)<sup>2</sup> y fue así que partido el santo varón fray Martín con algunos compañeros al puerto de Tehuantepec, para embarcarse en los navíos, que don Fernando Cortés, marqués de el Valle había mandado hacer para este efecto, le impidió Dios la ida, que no le fue posible embarcarse. La causa (según algunos dicen) fue que, dando cara a los navíos, al tiempo de él partirse, hallaron que estaban podridos de carcoma o broma, atribuyéndolo a que se debió de labrar verde la madera o (por mejor decir) por ser así la voluntad de Dios que no ordenó por entonces aquel viaje. Y con este impedimento se hubieron de quedar y dejar lo que habían intentado él y el santo obispo (que ya había enviado a renunciar el obispado) y fray Domingo de Betanzos. Y algunos años después, por el crédito que habían dado a lo que con ellos tenía comunicado el siervo de Dios fray Martín, se determinaron de tornar a hacer aquel viaje; mas fueron también entonces impedidos; porque aunque es verdad que los hombres, cuando no saben por voluntad expresa de Dios las cosas de sus determinaciones, acometen casos, a su parecer de servicio suyo, muchas

<sup>1</sup> Supra tomo II. lib. 6. cap. 6 et 35.

<sup>2</sup> Supra lib. 16. cap. 28.

veces las estorba el mismo Dios, porque no es aquello lo que entonces quiere hasta que llega la sazón y coyuntura de que aquello tal se haga por otros medios y otras gentes que a él más le place. Y era tanta la confianza que llevaban en Dios de hallar lo que iban a buscar y la certidumbre de la navegación, en aquéllos no sabida, que poniendo la dificultad fray Domingo, en el vaso de el navío, dijo fray Martín, con mucho fervor: Metedme en una calabazo, que yo estoy seguro que me guiará y llevará el Señor adonde deseo.

CAPÍTULO IX. *De algunas visiones, revelaciones que el santo varón fray Martín tuvo de la conversión de los indios*



RANDE PRUEBA ES DE LA AMISTAD que Dios hace a un hombre, cuando le revela sus secretos; y mucho tiene granjeado y ganado con Dios el que llega a tal estado que los merezca y los sepa. Aunque Abraham era muy querido de Dios y había recibido muchos favores de sus infinitas y poderosas manos (como en diversas partes de la Sagrada Escritura se dice)<sup>1</sup> ninguno mayor que decir Dios cuando iba al castigo de aquellas sucias y abominables ciudades. ¿Por ventura podré encubrir este hecho de Abraham? Como quien dice: siendo Abraham hombre a quien he hecho de tanta autoridad y tan particular, que le he dado nombre de amigo, ¿tengo de encubrirle un negocio tan grave como el que voy a hacer? No es posible que quepa tal extrañeza en mi amigable y benigna condición; porque tanta como ésta es la bondad de Dios y tanta la abundancia de su benignidad y amor, para con los que de veras ama y quiere. Siendo, pues, así que no ha hecho Dios cosa que primero no haya revelado a sus siervos y amigos los profetas (como se dice en las Sagradas Escrituras) bien podremos inferir la nobleza de su hidalguísimo trato, y la estimación que hace de los que se le dan por amigos que, siéndolo, les descubre su divino pecho y les manifiesta los secretos de su eternal sabiduría; de donde también se colige la amistad grande que les tiene y cómo se precia de amigo suyo.

De éstos parece haber sido uno mi santo padre fray Martín de Valencia: que como a querido y estimado suyo le hizo participante de algunas de sus visiones y revelaciones, en orden de la conversión de estas gentes de esta Nueva España y de otras remotas de otros distantes y lejanos reinos, como ya vimos en la visión que le fue comunicada de las almas que venían corriendo a la fe y al bautismo, estando despierto y leyendo las lecciones de los maitines, en comunidad en el coro; y después en otras diversas ocasiones, en especial de la conversión de las gentes chinas, de la cual tuvo algunas que según las refiere su muy familiar compañero, fray Francisco Ximénez, a quien el mismo santo las manifestó, son las siguientes: Vio una

<sup>1</sup> Genes. 17 et 18.